

 El mal
de Corcira **Lorenzo
Silva**



DESTINO

El mal de Corcira

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1503

© Lorenzo Silva, 2020
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-233-5756-7
Depósito legal: B. 7.158-2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Esto no es una ciencia exacta

Suele suceder así: cuando menos te lo esperas, cuando mayor es tu confianza, mientras son otras las preocupaciones que te absorben. Es ahí donde nos aguarda, sin piedad, el heraldo oscuro que sabemos que anda siempre al acecho y del que preferimos no hacer mucha cuenta, dándole así el privilegio de sorprendernos y desarbolar-nos. Sin previo aviso llega y dice nuestro nombre. Y sólo entonces recordamos que no somos más que hojas que el viento levanta, sostiene en el aire y al final del vuelo, largo o corto, alto o bajo, devuelve sin más a la tierra.

No era aquella, en principio, una operación de riesgo. Lo que iba a hacerse lo habíamos hecho muchas veces, incluso con menos margen para prepararlo, sin que nos supusiera contratiempo alguno. Para eso estaban los protocolos, la división del trabajo y los especialistas que nos cuidábamos de tener en el lugar para el que ellos estaban entrenados y nosotros no. Nada se planteó de manera diferente. Nadie se saltó el plan previsto ni se comportó con negligencia o con temeridad. Simplemente existía el resquicio, y por ahí se coló la catástrofe.

Era, además, una vivienda aislada, o lo que es lo mismo, un teatro de operaciones especialmente propicio, por la facilidad para rodearla y tener cubiertos todos los flancos. Así lo hicieron los compañeros de la Unidad de Seguridad Ciudadana, con los que creímos que, a la vista

de la naturaleza del objetivo, bastaba y sobraba para resolver la papeleta. Luego alguien diría que por qué no habíamos contado con la Unidad Especial de Intervención, la más avezada en asaltos de riesgo. Después del percance siempre proliferan los peritos en prevenirlo. Y rebatirlos no iba a serme fácil: por más que tratara de exculparme, por más que contara con argumentos, entre ellos que la unidad de intervención era un recurso excepcional cuya necesidad había que justificar caso por caso, alguna responsabilidad tenía sobre el operativo como proveedor de la información que había servido para su diseño. Aquel patinazo, en fin, iba a llevar mi nombre a ojos de los demás, pero también, y sobre todo, a la porción más indeleble de mi propia memoria.

El despliegue se hizo en absoluto silencio y completa oscuridad. Ni un ruido turbó la noche de noviembre en aquel paraje a los pies de la sierra madrileña, ni una luz delató nuestras posiciones. Los agentes de seguridad ciudadana controlaron el perímetro y avanzaron en sendos pelotones hacia las dos puertas de la vivienda, en la parte delantera y en la posterior. Habían decidido que entrarían primero por la trasera, que era la que mejor permitía explotar el factor sorpresa y acceder más rápidamente al dormitorio donde era probable que se encontrara nuestro objetivo. El portador del ariete echó la puerta abajo de una sola embestida, tras lo que se apartó y dejó pasar a sus compañeros, que, abriendo la marcha con sus armas provistas de focos, entraron en tromba en busca de su presa, mientras el pelotón que atacaba la otra puerta la tiraba a su vez y se aplicaba a taponar esa vía de escape.

—¡Guardia Civil! —se oía ya gritar en el interior.

Fue entonces, y no antes, cuando di orden a los míos de acercarse a la casa. A continuación del grupo, encogida y parapetada tras nuestros cuerpos, iba la letrada de la Administración de Justicia, la funcionaria judicial que debía dar fe de la entrada y registro. En teoría, cualquier

respuesta violenta desde el interior se toparía con alguno de los dos grupos ya desplegados, que la neutralizarían sin dificultad. A pesar de todo, no llegamos hasta la fachada de la vivienda. Preferí esperar a que nos dieran la señal de todo despejado tras una especie de cobertizo que había en la parcela, a unos veinte metros del edificio principal, y a cuya pared se pegó la funcionaria del juzgado, abrazada a su carpeta, mientras los demás vigilábamos la casa. Llevábamos todos la pistola en la mano, por si acaso, pero ninguno creía que llegara a ser necesario servirse de ella. Dentro seguía oyéndose el grito, una y otra vez:

—¡Guardia Civil! ¡Guardia Civil!

—¿Estamos seguros de que está en la casa? —dudó entonces el cabo Arnau, sembrando a su vez la duda y la pregunta en mi mente.

—Tiene el coche aparcado en la puerta y el teléfono encendido en esta posición —recordó la brigada Chamorro con tono inapelable.

—Puede haber salido a algo.

—No sin que lo detecten los del grupo de seguimientos.

—Infalibles no son —porfió Arnau.

Chamorro sacudió la cabeza con desaprobación y se adelantó un par de metros para ver mejor lo que ocurría. En ese momento, no era una imprudencia. No teníamos ningún indicio de que nuestro hombre se hallara en posesión de un arma, tampoco de que pudiera reaccionar de manera abrupta o agresiva. No era un demente ni un psicópata: sólo era un pobre tipo que no había soportado que lo echaran del trabajo y había pagado a un sicario demasiado barato y un poco torpe para que le metiera cinco tiros a su antiguo jefe. Por eso, era al sicario a quien en ese mismo momento estaban reduciendo sin dificultad, a trescientos kilómetros de allí, efectivos de la unidad de intervención. Lo nuestro era la parte más sencilla, el elemento en teoría inofensivo.

Vi el fogonazo en aquel ventanuco de la buhardilla una milésima de segundo antes de oír el estruendo y advertir, simultáneamente, cómo un puño invisible derribaba a mi compañera tras descomponerle la figura a la altura del hombro. Oí su grito de dolor mientras me exponía y disparaba de forma instintiva, sin pensarlo ni calcular el daño que podía hacer o sufrir, las quince balas que contenía el cargador de mi Walther contra aquel rectángulo otra vez oscuro. Buscaba impedir que de él saliera más fuego en tanto el cabo Arnau, con la ayuda de la guardia Lucía, se las arreglaba para recoger del suelo a Chamorro y ponerla a salvo tras el cobertizo. Sólo cuando la pistola enmudeció y se quedó abierta, pidiendo más munición, pensé en ponerme yo mismo a resguardo y fui junto a los míos, que se afanaban con la herida.

—Está sangrando mucho —gritó Arnau—. Que alguien llame ahora mismo a una puta ambulancia. Mi subteniente, ¿me está oyendo?

Le oía, y no podía dejar de mirar el rictus entre dolorido y ausente de mi compañera, que parecía completamente aturdida por el impacto que acababa de recibir. También yo tenía que volver en mí, ordenar la secuencia de las acciones que me incumbían, ejecutarlas con la mayor sangre fría posible, acertar a ser de alguna utilidad para los míos.

—Llama a la ambulancia, Lucía —conseguí pedirle a la guardia.

A continuación, hablé por transmisiones con el jefe del operativo.

—Nos han hecho fuego desde la buhardilla. Avisa a los tuyos de que anda ahí, quizá esté en un habitáculo oculto. Tomad de referencia el ventanuco pequeño que hay junto al vierteaguas de este lado.

Miré a la letrada de la Administración de Justicia. A aquellas alturas su espalda se había adherido a la pared del cobertizo hasta formar una sola materia con él. Probaba ser una persona provista de juicio.

—No se mueva de ahí —le dije—. Tranquila, vamos a controlar esto.

Sólo entonces, cuando me aseguré de que me había ocupado de todo lo que me correspondía para impedir que ocurriera otra desgracia, me incliné junto a Arnau y le tomé el pulso a Chamorro, que seguía con la mirada ida. La debilidad y la irregularidad del latido me alarmaron.

—Apriétale más fuerte la herida, Juan —conminé a Arnau—. Con toda tu alma, como si quisieras hacerle daño. Y no me aflojes.

Noté cómo se me desbocaba el corazón. Temí que la situación se me escapara de las manos, no estar a la altura del desafío. Me concentré en bajar pulsaciones: si continuaba así me iba a dar un infarto.

—La ambulancia está de camino. Cinco minutos —anunció Lucía.

—Tiene que ser una UVI móvil, ¿has pedido una UVI? —le grité.

La guardia no se alteró.

—Es una UVI, mi subteniente. Estaba activada y alerta, conforme al protocolo de intervención. Y hay un hospital a seis minutos de aquí.

Bendije a los redactores de los protocolos, esos hombres y mujeres grises que disponen medidas rutinarias e inexorables para paliar los destrozos que podemos causar quienes vivimos de la imaginación y, a veces, demasiadas, no sabemos tener toda la que el caso requiere. En ese momento me di cuenta de que en la casa habían dejado de oírse los gritos de «¡Guardia Civil!», reemplazados por un silencio tan espeso como inquietante. Mientras le tomaba la mano a Chamorro y apretaba sus dedos, a falta de otra cosa que hacer, una ráfaga taladró de pronto la noche. Siguieron dos más, y después otra vez el silencio.

—Lo han encontrado —dedujo Lucía—. Y después de eso, no tengo muy claro que vayamos a poder interrogarlo, mi subteniente.

—En este momento, no puede importarme menos —reconocí.

—Ni a mí —dijo Arnau—. Ojalá lo hayan dejado seco, al cabrón.

No parecía que fuera el caso: por las transmisiones oí cómo pedían una segunda ambulancia, y me imaginé una escena semejante a la que estábamos viviendo nosotros, en la que era otro el que se desangraba y nuestros compañeros quienes, después de coserlo a balazos, tenían que tratar de impedir que se fuera antes de que llegara el socorro.

—Todo despejado, objetivo identificado y herido de bala —llegaron las novedades del jefe del operativo—. Lo estamos manteniendo en espera de recibir atención médica. Vía libre para entrar en la casa.

—Me dicen que podemos pasar ya —informé a la funcionaria del juzgado—. Pero yo no me muevo de aquí hasta que llegue ayuda para mi compañera. Si quiere adelantarse, la guardia va con usted.

—No, no —murmuró—. No se preocupe. Espero.

La ambulancia llegó en el tiempo prometido. Nos apartamos para dejar trabajar a los profesionales. Al frente venía un médico bregada y resuelta, que sin decir palabra se aplicó a estabilizar a Chamorro. Al cabo de unos minutos les dio a los dos sanitarios que la acompañaban la instrucción de moverla a la camilla y meterla en la UVI móvil.

—¿Quién es el jefe de ustedes? —preguntó entonces.

—Yo —dije.

—Puede venir una persona en la ambulancia, no más.

—Lucía, ve tú —resolví sobre la marcha.

—A la orden —dijo la aludida, poniéndose en pie.

—Y no te muevas del hospital hasta que yo te diga.

—No pensaba moverme.

—Yo me ocupo de avisar a sus padres. Les doy tu número y te paso ahora el suyo por WhatsApp para que los tengas identificados.

Fui con los sanitarios, Lucía y la médico hasta la ambulancia, sin poder apartar la mirada del rostro de Chamorro. Seguía medio ida, pero antes de que la subieran se volvió hacia mí y logró decirme:

—Ve a por él. No te preocupes por mí.

Sentí un nudo en la garganta.

—Cómo no me voy a preocupar.

Forzó una sonrisa.

—Tú sabrás.

—Aguanta, Virgi, prométemelo.

—Aguanto. Anda, vete.

No pude irme hasta que no vi desaparecer las luces de la UVI móvil al otro lado de un repecho. Fue entonces, con el sonido de la sirena ya alejándose, cuando regresé junto a la letrada, que seguía con la carpeta abrazada contra sí y sin despegarse de la pared del cobertizo.

—Vamos allá, si le parece bien.

—¿Se salvará? —preguntó con expresión de angustia.

—Es fuerte. Seguro que sí —dije, más para mí que para ella.

La precedí hasta el interior de la casa y luego, entre los nuestros que estaban apostados en pasillos y descansillos, hasta la buhardilla. Tenía no menos de cuarenta metros. Allí otro médico, recién llegado, ponía todas sus energías en practicarle al tirador maniobras de reanimación. El paciente estaba en el suelo, bocarriba, sobre una mancha de sangre y totalmente inmóvil. Al verme llegar, el sargento que mandaba a los de seguridad ciudadana me saludó y me dio las novedades:

—Me temo que se nos va. No nos dejó opción: estaba apuntando a la puerta cuando la tiramos, y después de dispararle la primera ráfaga todavía trató de levantar otra vez el fusil para hacernos fuego.

—Mala suerte, que se lo hubiera pensado —observé, olvidándome de la presencia a mi lado de la funcionaria

judicial—. Lo importante es que no le haya pasado nada a tu gente. ¿Dónde se había metido?

Me señaló una pared revestida de madera como el resto de la buhardilla, en la que estaba disimulada una puerta entreabierta.

—Ahí. Tiene un zulo lleno de cachivaches.

Me asomé e invité a la letrada a que lo hiciera también. El ventanuco desde el que nos había disparado continuaba abierto. En las paredes del diminuto cuarto había estanterías repletas de trastos y cajas. Vi que alguna de ellas estaba reventada a balazos. Deduje que provenían de las armas de mis compañeros, aunque alguno, suponiendo que a esa distancia hubiera sido capaz de acertarle, hasta podía ser mío.

—¿Cómo supo que veníamos a por él con la antelación suficiente para subir, esconderse ahí y estar preparado para dispararnos?

—¿No lo ha visto abajo? —me preguntó el sargento.

—¿El qué?

—Tiene un gato. Por poco nos lo cargamos. El puñetero bicho debió de oírnos, y el tío ya estaba mosqueado y no se lo pensó.

—¿Y el arma?

El sargento nos llevó entonces al otro lado de la buhardilla. Sobre un tresillo reposaba un rifle de caza con visor y una caja de munición.

—Calibre 300, para caza mayor. Y visor nocturno.

—Pero si no tiene licencia de armas. Lo comprobamos.

—Licencia no tendrá, pero arma sí. Y puntería.

—¿Cómo puede ser? Si no es más que un pardillo, un pobre diablo que buscó a otro para que le ajustara las cuentas a su jefe.

El sargento se encogió de hombros.

—A mí no me pregunte, mi subteniente. Yo sólo tiro puertas.

En ese momento, el médico interrumpió las maniobras y respiró hondo. Meneó la cabeza en silencio y se volvió hacia nosotros.

—¿Quién es el responsable aquí?

Crucé una mirada con la letrada. En cierto sentido era ella, pero en lo referente a los destrozos juzgué que me correspondía asumirlos.

—De la entrada, yo. La letrada viene a dar fe.

—Pues ya puede dar fe de que este hombre está muerto.

—Cojonudo —no pude privarme de soltar.

La letrada me dirigió una mirada circunspecta.

—El papeleo nos va a llevar un poco más de lo habitual —advirtió.

—Soy consciente.

—Habrás que llamar al juez y al forense de guardia.

—Arnau —grité, antes de advertir que lo tenía justo detrás—. Hazte cargo tú, por favor. Y llama a Salgado, dile que nos hace falta aquí.

—¿Y quién va a coordinar desde la unidad? —preguntó.

—No lo sé, que lée a alguien. Yo tengo que hacer una llamada.

Llevaba todo el rato pensando si hacerla o si esperar a llamar por la mañana, a una hora en la que causara menos sobresalto. Sin embargo, me puse en el lugar del padre de Chamorro y me dije que a mí no me gustaría nada que en una situación así dejaran de avisarme tan pronto como pudieran. Era un tipo curtido, coronel de Infantería de Marina en la reserva, y la madre era todavía más recia que él. Así que marqué su número, que no tenía por casualidad. A ambos los había visitado alguna vez en la casita donde vivían en San Fernando, en Cádiz, y en la que no pude dejar de imaginar el teléfono rompiendo el silencio. Me lo cogió la madre, con voz preocupada y soñolienta. Habría preferido que lo atendiera su marido, pero aquella no era mi noche de suerte.

—Disculpe la hora, soy Rubén, el compañero de Virginia.

—¿Rubén? ¿Qué ha pasado?

—No se asusten. Hemos tenido un problema.

—¿Un problema?

—Virginia está bien, y en buenas manos, pero pensé que tenían que saberlo. Va a necesitar a alguien que la acompañe durante unos días.

—¿Qué le pasa? ¿Dónde está?

—En el hospital, en Madrid, cerca de Madrid, quiero decir. No se preocupe, está perfectamente atendida y se va a poner bien.

—¿De qué se va a poner bien?

—Mire, la va a llamar una compañera. Está ahora mismo con ella en el hospital. Ella le dará todos los detalles, también la dirección. Dígale cómo van a venir y, si hace falta, a dónde vamos a recogerlos.

—¿Qué le ha pasado? Dímelo.

Recordaba bien su carácter, no tenía sentido ocultárselo.

—Le han disparado. En el hombro, saldrá adelante.

—Está bien —su voz sonó firme, serena—. Vamos para allá. Dale mi móvil a esa compañera. Te lo paso ahora mismo por SMS.

Y colgó, lo que en cierto modo me supuso un alivio. Se supone que por mi oficio debería haber adquirido alguna competencia en aquella clase de conversaciones, pero siempre que me veía obligado a tenerlas me sentía como el más torpe y desafortunado de los hombres. Más que nunca en aquella coyuntura en la que el desastre llevaba mi firma.

Esperé su SMS y le mandé las instrucciones pertinentes a Lucía por medio de un wasap, en el que también le pregunté cómo iba todo. Su respuesta me entró al cabo de unos segundos: «Ha llegado bien. En el quirófano aún. Sin más noticias por el momento». Le di las gracias,

le pedí que me avisara cuando saliera de la operación y me preparé para una noche larga e ingrata, como en efecto fue. Mientras yo atendía a la letrada que nos acompañaba en la intervención, y después al forense y al juez de guardia que vinieron para hacerse cargo del levantamiento del cadáver, Arnau en un primer momento y luego la cabo primero Salgado se encargaron de organizar el registro de la vivienda con los otros dos guardias, Revuelta y Cerdán, que nos acompañaban aquella noche. Eran dos chavales tan diligentes como despejados, pero aún les faltaba experiencia para trabajar sin supervisión. Uno de ellos era graduado y máster en ADE y el otro graduado en Biología, lo que no estaba claro que los hiciera mejores como investigadores criminales, según solía advertir nuestro coronel siempre que nos enviaban a un universitario. Una reticencia con la que, a pesar de todos mis trienios, mi licenciatura en Psicología me inclinaba a darme por aludido.

No había más que comparar con la desenvoltura con que la cabo primero Salgado, que no había pasado del bachiller, se hizo cargo de las diligencias. Apenas se presentó, echó una ojeada rápida a la casa, otra a la buhardilla y levantó sin preguntar ni encomendarse a nadie la manta térmica puesta sobre el cuerpo que yacía inerte en el suelo.

—A este debía de darle pereza tragarse el juicio.

—Salgado —la reprendí.

—Era sólo una observación.

—Ve barriendo todas las habitaciones. Y no os dejéis nada.

—Claro, jefe, ¿cuándo me he dejado yo algo?

—Y si te sobra tiempo y has traído el portátil...

Salgado se señaló la mochila que colgaba al hombro.

—No salgo sin él.

—Compruébame en el registro de armas de quién es ese rifle.

—Eso está hecho.

En las horas siguientes se nos acumularon los acontecimientos. El forense y el juez, como era de rigor, hicieron algunas preguntas para las que nos alegramos de poder contar con el testimonio de la letrada que nos acompañaba en la entrada, y que les dejó bien claro que había sido el difunto el que nos había recibido a tiros. Después se levantó el cadáver y el equipo de criminalística de la comandancia recogió todas las pruebas que necesitaba para acreditar las circunstancias del tiroteo. Entre tanto, Salgado, Arnau y el resto de mi equipo hicieron el trabajo que les había encomendado. La cabo primero se me acercó al filo del amanecer, poco después de que yo despidiera a su señoría.

—¿Se sabe algo de Virgi? —se interesó.

Comprobé el teléfono. La última noticia seguía siendo el wasap que Lucía me había mandado un par de horas antes, una vez acabada la intervención a la que habían sometido a nuestra compañera.

—La operación ha ido bien. Está en planta, descansando.

—Menos mal. Oye, he averiguado un par de cosillas.

—¿Y a qué esperas?

—El rifle es de su padre, cazador con licencia en regla. También es el dueño del chalet, supongo que por eso lo guardaba aquí. El chiquillo lo sabía y, aunque él no fuera cazador, ponle que un día su papi, con la imprudencia que a veces tienen los papis, le enseñó a usarlo...

—Maldita sea —bramé—, quién iba a pensar que...

—No te tortures, mi subteniente —dijo—. No lo podíamos saber. O sí, si tuviéramos tiempo infinito para mirarlo todo. Aunque hay otro detalle que se nos escapó y que resulta un poco más peliagudo.

—Qué detalle.

—Hemos encontrado una caja de antidepressivos. Y el informe que le hicieron cuando se los recetaron.

A juzgar por lo que he entendido de lo que escribió el psiquiatra en ese papelito, nuestro hombre estaba bastante perjudicado. Por eso reaccionó con esa desesperación.

—Recógelo todo en el acta.

—Alguien puede enredar con el asunto, ya sabes.

—Es lo que hay, no vamos a ocultarlo. ¿Algo más?

—Nada que importe ahora mismo. Tenemos su teléfono móvil y su portátil, uno bloqueado con contraseña y el otro no, pero espero que los técnicos se las arreglen para destriparlos los dos. No lo digo por tu francotirador, al que ya le ha caído encima la justicia divina, sino a efectos de poder empapelar debidamente al autor material. Con lo poco cuidadoso que era, seguro que algo encontramos ahí.

—Muy bien, pues documéntalo todo, consigue la firma de la señora letrada de la Administración de Justicia y, ya que estamos, encárgate de su bienestar y de que la devuelvan a su casa sana y salva.

—¿Te vas?

—Al hospital. Para lo que queda, me fío de ti.

—Luego no te quejes. Y dale un abrazo a Virgi de mi parte.

—No sé si estará para muchos abrazos.

—Un beso en la frente, entonces.

—Inés...

—A tus órdenes, me callo y me vuelvo a lo mío.

Al sentarme al volante no pude evitar acordarme de que había sido Chamorro quien había conducido el coche hasta allí. Entre otras cosas, el asiento y los espejos estaban regulados para sus medidas y tuve que reajustarlos para las mías. Durante el breve trayecto por la carretera en la que empezaba a haber ya tráfico, los madrugadores que trataban de llegar a tiempo a sus trabajos en Madrid, pasé junto a un tanatorio. No dejé de reconocer que era práctico que no estuviera lejos del hospital, para reducir los traslados y las penalidades a quienes tenían la mala

suerte de sacar de él a sus familiares en un ataúd; pero no me terminó de parecer de buen gusto que se alzara al lado de la rotonda desde la que se tomaba el desvío para el centro sanitario, como una señal de mal agüero que los más sensibles o pesimistas no dejarían de anotar con un desasosiego como el que a mí mismo me entró al verlo.

Gracias a las indicaciones de Lucía fui directamente a la habitación, donde me aguardaba una sorpresa. La guardia no estaba sola: junto a ella, en el pasillo, me encontré con el coronel jefe de la unidad y con el comandante de nuestro grupo, a quienes daba novedades. Del gesto de Lucía deduje que los dos acababan de llegar, por lo que no le había dado tiempo a advertirme de su presencia. Por la manera en que me miraron los dos, interpreté que la visita había sido una iniciativa del coronel, secundada forzosamente por el comandante. Cuando a este le había informado vía wasap, se había limitado a pedirme el número de Lucía para interesarse a través de ella por el estado de Chamorro.

—A la orden de usía, mi coronel —saludé—. Mi comandante...

El coronel Hermoso se distinguía, entre otros muchos rasgos que acreditaban su carácter, por su tendencia a mirar fijamente a los ojos a quien trataba con él, y ser capaz de hacerlo durante un buen rato antes de pronunciar palabra. En ese lapso, no sólo calibraba las fuerzas y el temple del interlocutor, sino que le daba ocasión para aturullarse y perder pie. No era la primera vez que me lo hacía, así que no me vine abajo ni dejé traslucir mi zozobra. Al fin, me devolvió el saludo:

—Hombre, Bevilacqua. Dime, ¿qué se nos ha pasado aquí?

Era, de todos los jefes que había tenido, el único que se recreaba en decir completo, una y otra vez, mi endemoniado apellido, en lugar de reemplazarlo por la abreviatura más cómoda, Vila, que les ofrecía tan pronto

como nos presentaban. No era por poner distancia, según acabé comprendiendo, sino por demostrar que a él no le costaba decirlo. Y tampoco lo que acababa de soltarme era una recriminación, como se temía, a juzgar por su expresión de pánico, el comandante Ferrer, mi jefe directo. De todos los que había tenido, era acaso con el que al cabo del tiempo había logrado desarrollar menos química. Se agobiaba con facilidad y tenía más propensión al miedo, ante los superiores y ante las adversidades, de la que para mi gusto convenía a un oficial.

—En corto y por derecho, mi coronel —dije, sin arre-drarme—. En la casa había un arma, propiedad del padre del sospechoso, al que no habíamos investigado y por eso no estábamos al tanto de su licencia para tenerla. Y el sujeto en cuestión estaba en tratamiento psiquiátrico, algo de lo que tampoco teníamos constancia por las diligencias. A los de seguridad ciudadana no les dejó más elección que disparar.

Hermoso asintió mientras procesaba aquella información. Vi cómo se formaba rápidamente su juicio: era la costumbre adquirida en los muchos años que había pasado en la lucha antiterrorista, a los que también se debía aquel gesto de acudir, sin pensarlo ni esperar a una hora más cómoda, junto a la cama de uno de los suyos malparado en acto de servicio bajo sus órdenes. Volviéndose a Ferrer, ordenó:

—Pues, comandante, lo dejamos bien claro en el informe. Esto no es una ciencia exacta: tratamos con gente y la gente es impredecible y nunca se la termina de conocer del todo, y el que crea otra cosa que venga a hacer lo que hacemos y a ver si le sale mejor. Lo principal es que la brigada está bien y se va a recuperar. A quien levanta un rifle contra un agente de la ley, lo entregamos respetuosamente a su familia para que lo puedan enterrar con dignidad y fin de la película.

—Como usted ordene, mi coronel —balbuceó Ferrer.

—Y a ti no te felicito, Bevilacqua, porque esto no ha salido lo que se dice a pedir de boca, pero que conste que tu coronel te respalda. A ti y a tu gente. Vayan, por esta vez que no, todas las veces que acertasteis.

Cuando se marcharon nuestros jefes, di permiso a Lucía para que se fuera también y entré en la habitación. Chamorro descansaba, tendida boca arriba. Me fijé en la vía pinchada en el antebrazo izquierdo y en su respiración acompasada y regular. Por el filo inferior de la ventana, lo único que la persiana no cubría, entraba algo del resplandor rojizo del amanecer. Me quedé contemplando su rostro tranquilo, sus brazos delgados y fuertes. Incluso me permití acariciarle el derecho, aunque lo hice de una manera tan leve que apenas sentí su piel. Me dije que nunca me lo habría perdonado si aquel desgraciado hubiera centrado mejor el tiro y se la hubiera llevado por delante, pese a la justificación que acababa de suministrarle a mi jefe y que este reproduciría ante los suyos en mi descargo y en el de mis compañeros. Pensé en lo solo que me habría quedado si la bala le hubiera robado el pulso, ese pulso que ahora la máquina reproducía con una cadencia apaciguadora.

En ese momento vibró mi teléfono móvil, que tenía silenciado. La agenda del aparato me chivó a quién pertenecía el número desde el que me llamaban. Al final, cansado de ir cambiándole la graduación con cada ascenso, había optado por poner simplemente *Pereira*. Mi jefe de siempre, quien, después de recorrer toda la escala jerárquica, era ahora, como teniente general del mando de operaciones, el gran jefe de todos; también de Hermoso y de Ferrer. Pensé que le habían dado la noticia y que era todo un detalle que llamara para interesarse. Y no andaba del todo descaminado, pero tampoco fue, en aquella jornada cargada de sobresaltos, completa mi intuición. Salí al pasillo de prisa para no despertar a Chamorro, y conseguí atenderlo a tiempo.

—Mi teniente general.

—¿Cómo está Virginia? —preguntó sin preámbulos.

—Bien, se nos va a salvar. Estoy con ella. Duerme ahora.

—Menos mal. Cuando despierte, dale un abrazo de mi parte.

—Claro.

—Tengo otra cosa que decirte. Me perdonarás, espero.

—¿Por qué?

—Tenemos un muerto. En Formentera.

—Mi teniente general, con todo el respeto...

—Lo sé, Vila, lo sé. Tómame el día de hoy, hasta que venga la familia a estar con ella. Pero necesito que vayas tú y se lo voy a pedir a tu jefe. Cuando te cuente quién es el muerto, creo que lo vas a entender.